

un crimen. Refiriéndose á Massachusetts afirma que según la estadística de 1871 entre la población ignorante, un individuo por cada veinte cometió un crimen. "Respecto á Illinois dice Mr. White que encontró en prisión uno por cada ciento treinta y siete individuos analfabéticos y solamente uno por cada quinientos setenta y seis entre los poseedores de alguna instrucción siquiera fuese superficial."

De 147,073 individuos condenados á prisión el año 1872 en las Islas Británicas, 49,345 no sabían leer ni escribir; 92,126 sabían leer y escribir imperfectamente quedando sólo 4,892 capaces de leer y escribir bien y apenas 223 que hubiesen recibido una educación superior.

El número de mujeres castigadas en Londres el año 1877 fué de 20,018. De ellas 4,206 ó el 21 por ciento no sabían leer ni escribir; 13,665 ó sea 68 por ciento podían solamente leer; 2,000 ó sea el 10 por ciento leían y escribían medianamente; 141, es decir siete décimos por ciento leían y escribían bien, y sólo 6 habían recibido una elevada educación.

Según una estadística del crimen que comprende 63 de los departamentos de Francia consta que el año 1879, de 3,354 personas arrestadas por diversos delitos, 1,480 no sabían leer ni escribir; 1,362 podían hacer una u otra cosa y sólo 512 leían y escribían bien.

Según el Dr. Wines una mitad de los presos que hay en Bélgica y una tercera parte de los que existen en Holanda, es enteramente analfabética.

Todos los datos que hemos expuesto y que nos han sido proporcionados por algunas publicaciones de mérito, demuestran con la lógica incontestable de los números la influencia que la educación ejerce sobre la moralidad de los pueblos. Aquí viene á molde el sabio pensamiento de un pensador moderno que dice "el número de establecimientos penales, y la estadística de criminalidades de un pueblo, disminuyen en la misma proporción que las escuelas aumentan." Y esto es evidente. Puesto que cuanto más se trabaje por la escuela, cuanto más hombres ilustrados haya en un pueblo, más progreso, más amor al arte y á la industria se verá y mayor será el desarrollo de su comercio.

La influencia moralizadora de la educación en las sociedades es tan grande, que ella ha sido la única capaz de transformar alguno de los países del nuevo continente en naciones fuertes y respetables por la ciencia é independientes y autómatas por la ilustración de sus hijos.

El nuevo carácter que ha tomado la escuela, ha hecho desaparecer las antiguas teorías de juristas y educadores, que han venido á ser reemplazadas por las nuevas de la pedagogía moderna. Ella lleva más allá su misión. Quiere que en la escuela el hombre se eduque, se ilustre, se forme un concepto claro de su vida psicológica que no es

otra cosa que la educación moral del sentimiento; que es el grito del deber, la voz de la justicia y la satisfacción del cumplimiento de sus obligaciones lleguen á colocarle en la escala que las sociedades bien organizadas tienen preparada al hombre que se distingue por satisfacer el deseo de los que aspiran al bien, además exige la Pedagogía moderna el normal desenvolvimiento de todas las facultades físicas, intelectuales y morales, sin dejar tan poco desapercibida la parte material de la vida que corresponde á la manera de proporcionar las comodidades de ella. El antiguo sistema de enseñanza carecía de la fórmula ya resuelta, y que consiste nada menos que en levantar al lado de la cátedra del que se educa física, moral é intelectualmente, la tribuna del artista desde donde su voz irá á declamar la bellezas del arte tan grande y tan sublime como la creencia y escudriñadores ambos de esos misterios que resuelven los enigmas y disipan las tinieblas que oscurecen la inteligencia de los actores que se presentan en este drama que se llama vida. Grandes son los propósitos que lleva en sí encarnados la moderna teoría de la educación. Salir del círculo rutinario en que se hallaba encerrada en épocas anteriores; hacer del hombre un ser digno de la superioridad que tiene sobre los demás; crear en la escuela el taller donde se inicien al hombre los conocimientos que más tarde le proporcionarán las comodidades en su vida privada; tales son los fines nobles y grandiosos que persigue la escuela moderna.

A este efecto se tiene hoy en las escuelas donde el maestro no es "poco menos que un mendigo" y donde el templo no es el casuchón cárcel de la infancia, la enseñanza que se conoce con el nombre de "trabajos manuales" y que tan buenos resultados da en algunas naciones de Europa y en E. U.

Nuestra clase obrera no tiene siquiera idea clara de la enseñanza á que nos hemos referido. Por medio de los trabajos manuales el niño comienza á desarrollar el gusto por un oficio y adquirir la habilidad necesaria para cuando se hallé en camino de ejercitarse en éste. Enseñar al niño á amar el oficio de su padre; dar á éste para que adquiera mayor habilidad en él las ideas que se requieren, es grandioso. Tal enseñanza le llevará más tarde mediante su instrucción, á abrirse un porvenir mejor que el que quizá miran los que carecen de los conocimientos que requiere el ejercicio del arte.

Por eso los gobiernos que están inspirados en ideas de progreso, deben proteger la clase desheredada del pueblo y educar el hombre á manera de los antiguos griegos para el Estado, como buen patriota; para la sociedad como honrado y prudente ciudadano y para la familia que necesita estar amparado por padres é hijos laboriosos.

TEODORO PICADO.

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON MENARDO REYES EN EL ACTO DE INHUMARSE LOS RESTOS DE DON LORENZO MONTENEGRO.

No recuerdas ahora  
Tu cándida inocencia y tu alegría,  
Mira desde esta noche aquella aurora  
Y adiós eterno á lo pasado envía!

Todo te sonreía:

La flor temprana, la onda bullidora,  
Del aura embalsamada el fresco aliento;  
Agostóse la flor, la fuente llora,  
En mustia soledad solloza el viento.

M. A. CARO.

Señores:

Antes de bajar á la fosa esa preciosa urna cineraria, permitid que por un momento mi modesta voz acalle el llanto que hoy derraman nuestros corazones, lacerados por la muerte del joven don Lorenzo Montenegro; y que mi pensamiento, sobreponiéndose al dolor, dé colorido á este cuadro tétrico y sombrío; bosquejando á grandes rasgos la vida sobresaliente del distinguido juriscónsul, del amigo cariñoso y leal y del buen ciudadano, que ha rendido la última jornada en aras de la labor infatigable del trabajo y del estudio!

Pero cómo, señores, reseñar la biografía de Lorenzo Montenegro cuando era apenas un niño?—cuándo apenas desprendido del regazo materno, donde su madre querida acariciaba con besos ardorosos la frente hermosa del hijo que ya prometía las más risueñas esperanzas, y un brillante porvenir?—Cómo describir esa carrera corta, pero brillante, que forma un conjunto de perfiles armoniosos y transparentes de su inteligencia, que cual estrella dominante fulguraba luz en nuestros pensamientos y ejemplos buenos que imitar en las tareas de la vida?—cómo no mencionar el hecho latente que á nuestros ojos converge ahora con tanta claridad, al contemplar á Montenegro combatiendo como un atleta en el nobilísimo circo del estudio, que instruye y recrea, y del trabajo que levanta y fortifica y vence... y abrirse campo cual vorágine de vientos en noche de tremenda tempestad, de modo que ha grabado con su muerte, el rasgo más característico de la entereza de su carácter y de la probidad de sus actos?

Sí, señores, esas cualidades activando en su organismo débil han rozado con el sudor de una esquisita laboriosidad el hilo delgado que sostenía, cual péndulo maravilloso,—el equilibrio de la materia con el desarrollo fecundo de un talento privilegiado.

Cerebro potente, pulido al calor de la ciencia y embalsamado con el aroma de la modestia, era Lorenzo Montenegro.

Consagrado con la firmeza y rectitud de una voluntad de hierro á administrar el *pan del pueblo*, como llama la justicia un escritor, ya en los bancos de las Cámaras-Legislatoras, como Representante liberal de su provincia, ya como Juez de 1.ª instancia ó ya en su humilde bufete de notario público, siempre y en todos los pasos de su vida, brilló en su conducta la norma y galanura que demuestra la honradez bien forjada en el yunque de una inteligencia ilustrada y bien dirigida.

Blanca y purpúrina nube que el aquilón furioso disipa, ha sido la luminosa existencia de Montenegro, cuyas cualidades y dotes brillan ahora en este instante con tanta intensidad en el cielo sereno de nuestra conciencia, como solemne y triste es la despedida que consagramos al malogrado amigo.

Aun me parece verlo con la sonrisa en los labios, que revelaba el candor y hermosura de su corazón, y fija la mirada azul de sus ojos en el porvenir de la Patria, exclamar "dichoso y feliz llamo á aquel ciudadano, que me-

dante sus esfuerzos pueda hacer el mejor bien á su país."

He ahí, señores, los despojos del ciudadano que en breve se trasformarán al descender al sepulcro de lo invisible; pero sirvanos de consuelo, y grabado permanecerá en nuestra mente, el recuerdo santo de sus virtudes y el hecho grande de la heroicidad de su sacrificio en la lucha de la vida por el trabajo, que forma la aureola que se cierce cual corona diamantina en la cabeza de los soldados avanzados de la civilización.

Nosotros, jóvenes que componemos la falange de la presente generación, esforcémonos por seguir el derrotero que nos ha marcado Montenegro, y admiremos las prendas morales que los distinguían, honrando así su memoria.

¡Sombra querida de Lorenzo Montenegro! permite que junto con tus venerandas cenizas deposite esta lápida sencilla, modesta, donde deseara esculpir con letras de oro tu nombre immaculado y la historia bella de tu existencia; pero á la posteridad incumba tan sublime misión, y ella será el artista que grave tan hermoso cuadro!

Señores: pálidas son mis expresiones; y la fuerza de mi raciocinio se siente contrarrestada por la magnitud del dolor para poder ahora sembrar una flor digna del amigo y como humilde homenaje rendido á sus méritos; pero... ya que no puedo,—que mis escasas fuerzas me faltan, á lo menos mis lágrimas regarán la tierra que recoge hoy sus reliquias, y tal vez de ésta más tarde brote una siempre viva, que exorne y embellezca su tumba!

11 de Noviembre de 1890.

## SECCION HUMORISTICA.

Allá en los tiempos de Lucas Negro, cuando el *don* era una gran cosa y no se le concedía á cualquier quidan como ahora acontece, nombraron Secretario de un Gobernador á un individuo que hubiera renunciado mejor el cielo que el *don*.

El primer día dijo al Gobernador—Señor, yo soy una persona muy decente, á mi me convidan á los bailes oficiales... tengo *don* y estoy acostumbrado á que me lo den; y para evitar una cuestión entre nosotros lo pongo en su conocimiento, rogándole que me disimule.

El Gobernador que era tan discreto como el de hoy en San José, conoció que su Secretario no pasaba de ser un calabazo y deseando corregirle su ridícula manía le dijo:

—Yo, señor Don... ¿cómo se llama?...

—Don Nuño.

—Pues bien; Yo, señor Don Nuño, tengo también ese *don* que U. encarece tanto; pero hago de él tan poco caso que no tengo inconveniente en cederselo y de este modo podrá U. tener dos.

—Señor, ¡tanto favor!

—Sí, se lo cedo con, una condición.

—Y cuál es?...

—Que como dos *dones* juntos sonarían mal, he poner el segundo en donde más acomode á su nombre y á su carácter de U.